

Prólogo

Los seres humanos se han servido de las plantas y los animales desde los albores de la historia, al ser parte fundamental de su alimentación omnívora, mucho antes incluso de la adopción de la agricultura y la ganadería. No resulta sorprendente, entonces, que en esa búsqueda interminable de sustento alimenticio las sociedades de cazadores-recolectores encontraran y conocieran toda una serie de plantas cuyos efectos psicotrópicos o alucinógenos fueron adoptados en rituales mágicos, medicinales y religiosos.

Chamanes y brujas las han utilizado con fines adivinatorios, sanatorios o espirituales. En muchas comunidades indígenas, a lo largo y ancho de todo el planeta, los alucinógenos siguen siendo parte fundamental de su visión del mundo, de su cosmovisión, de la forma en que entienden e interpretan su existencia y la realidad que los rodea, de cómo perciben su entorno y se relacionan con él. Muchos animales salvajes también se ven atraídos por estas sustancias, por placer o por supervivencia, pero el caso es que se sirven de ellas.

Los alucinógenos son metabolitos secundarios presentes en las plantas y los hongos, e incluso en algunos animales. Al igual que los amargos y tóxicos alcaloides, grupo químico

al que pertenecen en su mayoría, han tenido que jugar algún tipo de papel defensivo en la evolución de los seres vivos desalentando a potenciales depredadores.

La historia de los alucinógenos es una línea de investigación irresistible en los campos de la antropología, historia, etnología, farmacología, medicina, química, botánica, psiquiatría y psicología. No obstante, como obstinadamente se reiterará en estas líneas que siguen, aún se desconocen muchos aspectos sobre los efectos a largo plazo de los alucinógenos en los seres humanos, sobre su modo de acción y las bases neuroquímicas y neurofisiológicas que los rigen. Faltan ensayos clínicos, más allá de la investigación en roedores, que diriman las posiciones encontradas entre aquellos que defienden sus usos terapéuticos y los que los desechan. U otras, igualmente razonables, sobre su potencial carácter adictivo. Solo el conocimiento científico podrá arrojar luz sobre muchas interrogantes que aún planean sobre el mundo de los alucinógenos.

En su mayoría son de origen natural, pero muchos han sido sintetizados en laboratorio como respuesta a una sociedad actual cada vez más demandante de nuevas experiencias, del acceso a drogas de diseño adaptadas al formato y a los conceptos del vivir cotidiano.

Su popularidad, al menos desde mediados del siglo XX, ha supuesto un impacto cultural de gran calado social que, en cualquier caso, no debe hacernos olvidar el hecho de que el uso de los alucinógenos es tan antiguo como la propia historia vital de los seres humanos; que en la Prehistoria encontramos representaciones de arte rupestre o restos arqueobotánicos que nos hablan de un uso de plantas y hongos alucinógenos que se remonta varios milenios atrás.

Los alucinógenos, en definitiva, son sustancias que al ingerirse inducen trance y estados alterados de conciencia, distorsión de los sentidos y cambios perceptuales. Su éxito, desde un punto de vista recreativo, radica en que su efecto

suele producir alucinaciones muy diversas: las personas ven o creen ver colores y formas aleatorias que cambian constantemente como un caleidoscopio, patrones cromáticos indecifrables; perciben objetos o hechos que no existen y nunca se produjeron; escuchan sonidos y ecos que solo están en su mente. En ocasiones, la alucinación permite tener una percepción diferente del tiempo y del espacio, sostener conversaciones imaginarias, creer que se escucha música o que se perciben olores, sabores u otras muchas sensaciones sin ninguna procedencia real. Las alucinaciones pueden ser agradables o desagradables, con grados de intensidad indeterminados que dependen del alucinógeno que se haya consumido y de la dosis. La experiencia alucinógena depende de muchos factores y no siempre es posible alcanzar la alucinación.

Este libro pretende deshacer una creencia generalmente asumida por la sociedad moderna, tan habitual por la manipulación informativa que ha hecho pensar que estos compuestos son drogas nocivas sin utilidad alguna. Su gran peligro no es siquiera su potencial toxicidad en dosis excesivas, sino su imprevisibilidad. Pero algunos de ellos han demostrado utilidades terapéuticas de gran valor, aunque aún deba seguir investigándose.

El mundo de los alucinógenos sintéticos es todavía una tierra virgen en la que explorar la potencialidad medicinal y las aplicaciones farmacéuticas de muchos de ellos, o, al contrario y en paralelo, evaluar su toxicidad y carácter adictivo en ensayos clínicos controlados. Los referentes etnobotánicos pueden servir de punto de partida para centrar la atención en aquellas especies de seres vivos que en el pasado han sido utilizadas como alucinógenas, al igual que se está haciendo con muchos nuevos medicamentos cuyos metabolitos activos responsables tienen origen natural.

El fenómeno de la potencial adicción a los alucinógenos es un tema de gran actualidad dentro de la investigación científica, como señala el Instituto Nacional sobre el Abuso de

Drogas de Estados Unidos¹, el cual incide en que estas drogas pueden alterar sobremanera la conciencia de los objetos y de todo lo que nos rodea, los pensamientos y los sentimientos, con el peligro inherente que ello conlleva en todos los ámbitos de la vida y de las relaciones sociales.

No todas las personas reaccionan igual al consumir un alucinógeno y algunas pueden perder el control o desconectarse del todo de su cuerpo y del ambiente. Sus efectos dependen de la dosis, estado de ánimo, entorno, estado físico en el momento del consumo, de la personalidad y sensibilidad inherentes a cada individuo e, incluso, de las expectativas puestas en la experiencia alucinógena. También de los fines culturales que motiven su consumo: muchas comunidades mexicanas veneran en sus ritos religiosos el consumo del peyote (*Lophophora williamsii*); en otras, como las escandinavas, los guerreros masticaban el hongo matamoscas o falsa oronja (*Amanita muscaria*) para tener más agresividad y animosidad.

Debe desecharse, por tanto, esa falsa sospecha del carácter siempre nocivo de estas sustancias, probablemente porque muchas de las drogas que se consideran alucinógenas en realidad no lo son; muchas que como tal se venden en el mercado negro, tampoco.

En este sentido, entendemos que este libro tiene, en términos generales, un carácter sumamente objetivo. Por supuesto, el objetivo de este libro no es alentar el consumo de estas plantas y sustancias psicoactivas, sino poner sobre la mesa un conocimiento exhaustivo para, en la medida de lo posible, entender qué son y por qué desde los primeros albores de la humanidad han sido utilizadas por sociedades prehistóricas que reconocieron su indudable valía.

No entraremos en detalle en aspectos antropológicos o etnológicos relacionados con los alucinógenos, plantas y hongos de los que proceden, por haber sido tratados en sumo detalle en numerosos libros y publicaciones científicas. Este

1. <https://www.drugabuse.gov/es/en-espanol>

esfuerzo sería en vano teniendo en cuenta la gran disponibilidad de libros exhaustivos al respecto, los más importantes reflejados en la bibliografía. Además, serían necesarias muchas más páginas de las que aquí tienen cabida.

La premisa fundamental de estas líneas que siguen es acercar al público una visión más o menos completa de los principales tipos de alucinógenos existentes, de su naturaleza química y su distribución en los seres vivos. También haremos especial hincapié en los alucinógenos que proceden de síntesis en laboratorio, las llamadas drogas de diseño o drogas inteligentes, por la actualidad que estos tienen en la sociedad contemporánea.